

— Colombán ha partido, replicó Camilo, Colombán ha partido porque... ; yo os amaba !

Tenia razón para vacilar el criollo antes de pronunciar el *yo*.

Habia un abismo de profundidad en este pronombre por más que fuese corto.

Que Camilo hubiese dicho : « Colombán ha partido porque os amaba, » en vez de decir : « yo os amaba » y Camilo no cedia ya á Colombán.

Aquella leal prueba de amistad en ausencia del bretón hacia que su amigo se elevase á prodigiosa altura, y que se viese de repente el egoísmo que desde el colegio existía en él, para aceptar siempre, sin devolvérselos jamás, los sacrificios de Colombán.

Si Camilo hubiese dicho : « porque Colombán os amaba y yo también, » colocaba á Carmelita con toda la libertad de la elección entre aquellos dos amores. ; Carmelita medía con una mirada el sacrificio del bretón que había partido ; el egoísmo del criollo que había quedado !

Si hemos analizado bien, no diremos el carácter, sino el temperamento de Camilo, sabe el lector ya, que para satisfacer, no una pasión, sino un simple capricho, no hubiera retrocedido Camilo ante ningún obstáculo, sea que este obstáculo pudiese ser vencido por la astucia, sea que pudiera destruirlo el amor ; iba pues siempre al objeto, rectamente cuando podía, oblicuamente cuando no podía llegar á él á no ser de una manera oblicua. Sensual ante todo, era la violencia de los deseos, y no la profundidad de la corrupción, la que podía hacerle cometer una acción mala : que esta acción mala tuviese un resultado malo, y era capaz de remordimientos violentos, pero tanto menos duraderos, cuanto que la irritabilidad de sus nervios hubiera dado

á sus remordimientos una energía exagerada. Y sin embargo, por perverso que Camilo fuese instintivamente, el último sacrificio de su amigo, á quien acababa de abrazar al despedirle, estaba aún tan presente en su pensamiento, que á pesar de su profunda perversidad vaciló en hacerle traición tan pronto.

Respondió pues á Carmelita media verdad, respondiéndole :

— ; Colombán ha marchado porque yo os amaba !

Y al responder esto no era más que traidor á medias.

Colombán no hubiera dejado marchar á su amigo ; pero si este amigo hubiera marchado sin avisárselo á su pesar, hubiera dicho : « Camilo se ha marchado porque os amaba : Camilo vale más que yo, pues yo no he tenido valor para marcharme. »

Así fué, que la causa de la marcha de Colombán, anunciada de aquella manera á Carmelita, hizo sobre la joven el efecto de un rayo.

Miró fijamente á Camilo, tan fijamente, que éste se ruborizó y bajó los ojos.

— ; Mentis, Camilo ! dijo : no ha marchado Colombán por causa vuestra.

Camilo levantó la cabeza.

Aquella acusación no era la que él temía.

— ; Únicamente por causa mía ! repitió.

— ; Pero qué podía influir en Colombán el amor que pretendéis sentir por mí ? preguntó la joven.

— Temía amaros, respondió el criollo.

— ; Bueno de Colombán ! murmuró Carmelita.

Después volviéndose hacia Camilo, dijo :

— Déjame sola, amigo mío : tengo necesidad de llorar y orar.

Tomó Camilo la mano de la joven y la besó respetuosamente: desprendióse una lágrima de sus ojos, y cayó sobre la mano de Carmelita.

¿Qué origen tenía aquella lágrima? ¿Era el reconocimiento, la vergüenza, ó el remordimiento?

Carmelita no se informó de ello; para ella una lágrima era siempre una lágrima; es decir, la perla que el dolor va á buscar sumergiéndose en ese profundo océano que se llama corazón.

Entró Camilo en su casa y quedó atónito al hallar luz en ella.

Pero lo quedó aún más al ver una mujer en su habitación.

Aquella mujer era la princesa de Vanves, que noticiosa de la marcha de Colombán traía la ropa que de él tenía para lavarla.

Sólo un cuarto de hora se había retrasado la hermosa Canta-Lilas (recuérdese que este era el nombre de la princesa de Vanves).

Como no había querido dejar la ropa sin entregarla á alguien, había aguardado la vuelta de Camilo.

Camilo no había entrado, cómo se sabe, hasta que Carmelita le rogó que la dejase sola; lo que hace que en el momento en que Camilo entraba podían ser las diez y media de la noche.

Era muy tarde para que regresara sola la princesa de Vanves.

Camilo ofreció á la princesa la habitación de su amigo Colombán.

La princesa opuso algunas dificultades; pero con la seguridad de que había un cerrojo en la puerta de comunicación, aceptó.

Ahora bien, ¿había ó no había cerrojo? ¿Corrióse ó no se corrió el tal cerrojo?

Esto es lo que probablemente adivinaremos en el primer encuentro del seductor Camilo con la hermosa Canta-Lilas.

## CAPÍTULO X.

### NOCHE DE TEMPESTAD.

Como ignoramos completamente (hasta ahora por lo menos) lo que pasó durante aquella noche, nos ocuparemos de Camilo desde el momento en que al día siguiente, á eso de las once de la mañana, se presenta á la puerta de Carmelita, y se detiene un instante pensativo antes de llamar á ella.

¿En qué pensaba Camilo?

Camilo pensaba en la obra difícil, diremos casi imposible, que emprendía.

Conocía á Carmelita; sabía que su virtud descansaba sobre principios austeros y perfectamente basados.

Necesitaba pues para vencerla emplear, bien una fuerza, bien una destreza extraordinaria.

Camilo era tan diestro como fuerte.

Estudiaba á Carmelita mucho tiempo hacia, como un general estudia una plaza de guerra.

Necesitaba, según el ejemplo de Malherbe, tomarla en virtud de un sitio regular; es decir, en virtud de mil cuidados y asiduidades, cuya eficacia proclama el poeta en estos versos:

La plaza al fin me ha rendido  
Esa temible belleza,  
La plaza que ha defendido  
Con heroica fortaleza:  
El vencedor es vencido.

¿ Se apoderaría de ella por hambre, á viva fuerza, haciendo trincheras, ó dando asaltos ?

No : toda esta estrategia hubiera fracasado.

No se la podía vencer más que por sorpresa.

Decidióse pues Camilo por este partido, y una vez tomada la resolución, aguardó la ocasión friamente.

Era la última llamarada de su corazón, el último deseo de su imaginación, que hacía dormir (pronto á dejar que deseos y llamaradas despertasen más tarde) en aquella pausa de un instante que hacía á la puerta de Carmelita.

Entró.

Carmelita había dormido poco y llorado mucho.

Recibió á Camilo friamente.

Esta recepción entraba en los planes de Camilo.

Desde aquel día se decidió á hacer una vida ejemplar.

Adoptó una marcha contraria á sus locuras y sus irregularidades pasadas, y dió á cada instante pruebas de una prudencia de que se le hubiera creído incapaz. Debilitó el brillo de su jovialidad habitual, y á fuerza de contenerla se tornó grave y serio.

Se comprende cuál era el objeto de Camilo.

Necesitaba borrar del corazón de Carmelita el último recuerdo del ausente. Y en verdad, ¿ cómo Camilo podía hacer olvidar á Colombán ? Devolviendo á la joven toda la gravedad, toda la melancolía, todo el espíritu arreglado del bretón disfrazado con una afabilidad más grande y una distinción extremada.

Carmelita creyó ingenuamente que aquella transformación procedía mitad del pesar que causaba á Camilo la marcha de su amigo, mitad del amor que sentía por ella.

Lisonjéaba su orgullo de joven que Camilo con la única

esperanza de agradarle hiciese violencia á sus caprichos más queridos y más absolutos.

¡ Ah ! ¡ Dios mío ! cualquiera joven de diez y ocho años se hubiera equivocado lo mismo.

Camilo adoraba en otro tiempo la ópera, y Camilo ya no ponía los pies en el teatro.

Camilo iba regularmente tres veces á la semana al picadero, y de allí á dar su paseo al bosque : renunció de repente al picadero y al paseo.

Camilo tenía en los altos barrios de París cinco ó seis amigos americanos como él, con los que acostumbraba á almorzar y comer de tiempo en tiempo : Camilo no salió más.

Veinte veces, mientras que estaba en casa de Carmelita, vinieron á llamar á su casa ; y siempre el criollo, á pesar de las instancias de Carmelita, rehusó asegurarse de quién llamaba.

Á ejemplo de Carmelita, quería vivir en la soledad y el recogimiento.

Había comprado libros de botánica ; ignoraba completamente aquella ciencia, y había rogado á Carmelita que le enseñase lo que Colombán le había enseñado á ella.

Ahora se nos comprendería mal, si se fuese á creer que Camilo tomó aquella máscara de hipocresía para seducir á la joven. La amaba.

Sin embargo, esta palabra aplicada á Camilo no tiene la importancia de la misma palabra aplicada á Colombán.

El bretón amaba con todas las potencias de su alma ; Camilo amaba con todos los deseos de su imaginación ; sólo que sus deseos eran más grandes que nunca.

Rodeado hasta allí de mujeres fáciles de conquistar, estaba violentamente sobreexcitado por la tenaz virtud de

Carmelita, y ponía por obra todos los recursos de su talento para triunfar de ella, creyendo tal vez él mismo que no empleaba más que las seducciones de su corazón.

Si Carmelita en vez de engañarse respecto de aquellas transformaciones, cuya gloria se atribuía, hubiera obligado á Camilo á recobrar su carácter primitivo, sus cualidades y sus defectos naturales, entonces tal vez hubiera hecho de él gracias á aquel amor ardiente que por ella sentía, un ser leal y bueno, mientras que dejándose engañar por él, y engañándose ella misma, le alentaba sin sentirlo en aquella vía de mentira y de impostura.

Resultaba de aquí que todos los días ganaba terreno Camilo.

La franqueza de posición que había adquirido frente á Carmelita con estas palabras: « Colombán se ha marchado porque yo os amaba » le había dispensado de toda confesión, como había dispensado á Carmelita de toda respuesta.

Desde el momento en que Colombán dejaba el campo libre á Camilo, renunciaba á Carmelita.

Faltaba saber si Carmelita podía amar á Camilo.

Pero el joven criollo tenía el lustre del colibrí y la flexibilidad de la serpiente.

Ni una sola vez dijo á la joven: « ¿ Queréis ser mi mujer? » Pero á cada instante le decía: « Cuando seáis mi mujer... »

Y entonces los más seductores proyectos de viaje, que pudieran imaginarse en el mundo de los artistas, se desarrollaban ante los ojos de la joven. Entonces veía Carmelita bajo la ardiente elocuencia de Camilo desarrollarse, como en un espléndido panorama, todos los cuadros encantadores de aquella vida en compañía.

Un día respondió sonriendo:

— ¡ Eso es un sueño, Camilo !

Estrechóla el joven contra su corazón, exclamando:

— ¡ No, Carmelita, es una realidad !

Desde aquel día conoció Camilo que había dado en el blanco.

La joven estaba en su poder.

Pero Camilo no permaneció menos respetuoso, discreto y grave; Carmelita no era una de esas mujeres con quienes se puede jugar dos veces.

Una derrota era la muerte de las esperanzas de Camilo.

Esperaba pues con la paciencia del tigre en acecho en el *condite*, de la serpiente enroscada en el matorral.

Una tarde bajaron al jardín, al jardín en que tres meses antes había pasado Colombán una parte de la noche con la joven.

El calor era sofocante.

Había sido uno de esos ardorosos días del mes de Agosto, en que el trueno intenta en vano penetrar la densidad de la atmósfera; relámpagos que presagiaban una tempestad espantosa, surcaban el cielo de Occidente á Levante.

Pero en vano las plantas encorvadas sobre sus tallos, con las hojas crispadas sobre sus ramas, imploraban una lluvia bienhechora.

El cielo, como una máquina neumática, parecía absorber el aire respirable, y la naturaleza entera jadeaba como amenazada de una asfixia próxima. Los dos jóvenes sufrían sin saberlo la influencia de aquella atmósfera eléctrica; parecía la vida suspensa momentáneamente en ellos, y aguardaban como las flores, como los animales, como la naturaleza entera en fin, la lluvia que debía devolverle la vitalidad.

Sin embargo, existía una diferencia entre Carmelita y Camilo: éste, habituado al calor tropical de su país, estaba bien lejos de haber perdido, como Carmelita, la conciencia de su ser, y al ver el entorpecimiento letárgico, la somnolencia pensativa de la joven, comprendió que llegaba al fin la ocasión tanto tiempo esperada por él.

Entonces, lo mismo que la canción de la nodriza aduerme al niño arrullándole, sus palabras amorosas, hábilmente graduadas y sacudidas en cierto modo sobre la cabeza de Carmelita, como adormideras deshojadas, comenzaron á adormirla con el sueño magnético, el más peligroso, el más irresistible de todos los sueños.

Cualquiera que hubiera visto en la sombra brillar los ojos del joven, no hubiera podido engañarse respecto al fuego de sus miradas.

La paralizaba como el gavilán paraliza á la alondra envolviéndola en un círculo más y más estrecho cada vez.

La encantaba como la serpiente encanta al pájaro, á quien obliga á descender de rama en rama hasta su boca abierta.

¡ Oh! no miraba á Carmelita de la manera que Colombán la había mirado durante aquella adorable noche de primavera que habían pasado los dos en el mismo jardín á la sombra de las mismas lilas.

Había entre las dos noches, como entre los dos jóvenes, la diferencia de la primavera al estío.

Allí, en efecto, la primavera, joven, fresca, tímida, osaba apenas entreabrir los botones de las flores.

Aquí, al contrario, el estío, vigoroso, audaz, devorador, las desparramaba.

De un lado estaba la infancia con sus vacilaciones, sus turbaciones y sus temores.

Del otro, la juventud con su brillo, sus trastornos y sus arrebatos.

Durante el día de primavera que había precedido á la noche que habían pasado reunidos Colombán y Carmelita, también había retumbado el trueno, también se había suspendido la vida; había llovido, y la vegetación se había salvado de la muerte.

Durante esta noche de estío, al contrario, habían implorado las plantas inútilmente la clemencia del cielo: tuvieron que doblar la cabeza, dejar caer sus pétalos uno á uno, y morir.

Á semejanza de las plantas, la joven se había visto obligada á doblar la cabeza bajo el peso de aquella noche de fuego, y á falta de rocío vivificador la sacaron de su entorpecimiento, lá arrancaron de su sueño las inefables alegrías del amor.

Durante esta noche, la pobre Carmelita deshojó una á una las hojas de su corona de inocencia, y el ángel guardián de su juventud remontóse al cielo ocultando entre sus manos el rubor de su frente.

Sólo cuando entró en su casa, vió á su bello rosal, todo encorvado por la tempestad también.

Acercóse á él con las mejillas á la vez ardientes y humedecidas con las lágrimas.

Entonces cogió todos los botones y rosas que tenía el rosal, los puso en un velo blanco, y los encerró en un cajón de su tocador diciendo:

— ¡ Morid, morid, rosas de Colombán!

Después, tomando una garrafa, la derramó entera al pie de su rosal sacudiendo la cabeza y murmurando tristemente:

— ¡ Floreced ahora, rosas de Camilo!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
MONTEFERRY, MÉXICO

## CAPÍTULO XI.

## EL HOMBRE PROPONE.

Desde el momento en que Carmelita le perteneció, recobró Camilo su natural.

El fin estaba alcanzado : ¿ á qué pues ya la hipocresía .

Digamos sin embargo que pulimentó los ángulos demasiado salientes de su carácter, y que se esforzó en agradar á la joven, á quien amaba apasionadamente.

Carmelita, en medio de las felicidades embriagadoras de aquel amor extraño, había olvidado las primeras locuras y ligerezas del joven americano.

Le parecía que aquellas adorables horas debían eternizarse, y, fuese confianza en Camilo, fuese poder sobre sí misma, parecía no inquietarse por el porvenir.

Creyóse señora absoluta del joven, viéndole sometido á todos sus deseos, obediente á todas sus palabras.

Así que, un día que había creído advertir sobre el rostro de un vecino (¿ siempre los vecinos ! ; malditos vecinos ! ; ¡ pluguiera á Dios, querido lector, que nunca tuvieras vecinos ni fueses vecino de nadie !), un día pues que había creído advertir sobre el rostro desagradable de un vecino señales inequívocas de desaprobación, dió parte de ello á Camilo, que en el mismo instante le ofreció que se mudarían. La joven aceptó.

Por entonces no se inquietó respecto al barrio donde habitarían. Camilo quería ir á uno de los más elegantes de

París, á la Chaussée d'Antin ; ; al centro de todas las miradas, cuando se huía de todas las miradas ! ; rodeado de mil vecinos cuando huía asustado por un solo vecino !

Era uno de los matices del carácter de Camilo : no le hubiera disgustado, siendo como era orgulloso, lucir ante el mundo parisiense las bellezas de su nueva conquista.

Pero Carmelita, sin explicarse el objeto del joven, comprendía que la felicidad vive á la sombra y muere al sol como la violeta ; manifestó pues grandes terrores ; rogó á Camilo que no pensase en los barrios opulentos de París, sino que al contrario fuese á fijar su nido en algún bosque umbroso de las cercanías.

Camilo sufría involuntariamente la autoridad benéfica de Carmelita : le ofreció el brazo una mañana para ir al campo : tratábase de buscar un retiro al abrigo de los vecinos.

¡ Ay ! ; Quién de nosotros, pobres soñadores, no se ha formado el proyecto encantador de ir á construir su nido en algún retiro umbroso y solitario, donde la voz de los hombres no turbe la melodiosa canción de nuestros amores ? ; Una casita blanca enlazada entre parras, madre selvas y rosales, rodeada de grandes árboles, como una sonora caja donde resuena la eterna sinfonia de los pájaros ! ; Un arroyo bordado de botones de oro, de margaritas y vello-silla ó no me olvides, cuyo murmurio acompaña el canto de aquellos músicos aéreos ; un sendero sinuoso donde las hojas del año pasado amortiguan el ruido de los pasos que van á perderse en un bosque sombrío ; en una palabra, una especie de oratorio de verdura donde puede retirarse una pareja á celebrar á todas horas á ese Dios que hizo el cielo, el trabajo y el amor ! decidme : ¿ no es este el adorable

ensueño que cada uno de nosotros ha hecho, y eternamente intenta realizar?

Pues bien: Camilo y Carmelita realizaron ese ensueño: partieron un domingo á la mañana, cada uno por su lado, por temor de excitar la envidia de unos y la malicia de otros, y se reunieron en la barrera del Maine, donde se abrazaron con esa alegría de dos nuevos amantes que se han visto obligados á separarse por espacio de una hora. Hacía un día magnífico; el cielo tenía un azul deslumbrador, las llanuras ondulaban bajo un tapiz dorado; los árboles del camino sacudían majestuosamente sus penachos, de donde volaban las primeras hojas marchitas, como se desprenden de nuestros corazones las ilusiones primeras. Parecía que los dos jóvenes pasaban por debajo de un arco de triunfo; la naturaleza da fiestas de esta clase á los amantes con maravillosa prodigalidad: cómplice discreta y complaciente, nodriza inagotable, parece que presenta, como una madre, sus fecundos pechos á los amores recién nacidos.

Caminaron así á través de las llanuras que conducen á Meudón, excitando en todo su camino la admiración de los unos y de los otros: todos les seguían con la vista dominados de una especie de hechizo, los más viejos como un recuerdo y un pesar del pasado, los más jóvenes como una promesa y una esperanza para el porvenir.

Era en efecto un grupo digno de atraer las miradas, joven, hermoso, enamorado: Camilo con un tinte de orgullo, Carmelita con un matiz de melancolía, eran la imagen viva de la felicidad á la que ni aun falta esa pequeña nube blanca que siempre es una mancha en el cielo más puro; hubiérase dicho que se podía guardar algo de su felicidad con sólo tocar un paño de sus vestidos.

Llegaron al fin á Bas-Meudón. Meudón parecía entonces demasiado poblado á Camilo.

Al entrar Carmelita en la casita, que no conocía, tuvo una alegre sorpresa: encontró allí su rosal.

Camilo, sin saber qué recuerdos secretos tenía el poético arbusto, conocía la ternura profunda de Carmelita por aquella especie de talismán perfumado; había dado orden á un mozo que tomase el camino más corto, mientras él y Carmelita tomaban el más largo, de modo que la joven encontró, como hemos dicho, su rosal que había llegado antes que ella.

Una vez abrazado, acariciado y transportado su rosal á su cuarto, se ocupó Carmelita del resto de la casa.

Era una encantadora cabañita, construida por algún artista, á la manera de las construcciones campestres, que cuarenta años antes había hecho levantar en el pequeño Trianón la reina María Antonieta; es decir, una fábrica de tierra, ladrillos, madera sin desbatar, vid virgen, hiedra y jazmines; el todo irregular como la fantasía, pintoresco como la casualidad.

En el piso bajo estaban la antecámara, la sala, el comedor y la cocina.

Una escalerilla interior conducía á un terraplén que se podía cubrir fácilmente con una tienda ó un toldo, y que se convertía entonces en un bonito comedor de verano.

Dos habitaciones para criados completaban este pequeño nido de pitirrojo casi enteramente oculto bajo las hojas, el musgo y las flores.

En el jardín se elevaba un delicioso pabelloncito.

— ¡ Oh! dijo al visitarle Carmelita, ¡ qué bonito pabellón! ¿ Qué haremos de él?

— Será la habitación de Colombán, dijo tranquilamente Camilo.

Volvióse la joven hacia otro lado, porque conoció que se ponía colorada.

Diez veces (y esto se comprende bien) el nombre de Colombán había sido pronunciado por Camilo; en cuanto á Carmelita, parecía que este nombre estaba relegado en el fondo de su corazón y remachado allí sin que pudiera salir; pero nunca la sombra del amigo vendido se le había aparecido como entonces en todo el brillo de su honradez.

Camilo, después de haberle injuriosamente engañado, esperaba aún hacerle testigo de su traición.

El recuerdo de la lealtad de Colombán habíase presentado al momento á la imaginación de Carmelita, y aunque ignorase el amor profundo que Colombán la profesaba, y por consiguiente la extensión del sacrificio que había hecho por su amigo, conocía que era herirle cruelmente presentarle el espectáculo de su amor á otro.

Así que, cuando hubo pasado su rubor :

— ¿Colombán? repitió con mal segura voz; ¿no me habíais dicho, Camilo, que había marchado porque me amábais?

— Sin duda, respondió Camilo.

— Entonces, continuó la joven, si ha marchado porque vos me amábais, es que también me amaba él.

— Pues bien, replicó Camilo, ciertamente que te amaba, querida amiga; pero tú sabes que la ausencia borra muchas cosas: si ha sido un poco desconfiado ante nuestra felicidad naciente, su amistad por nosotros le hará querer nuestra presente dicha.

Carmelita suspiró: quedaba sentado que la ausencia bo-

rraba muchas cosas... Así que, pensaba que si Camilo se marchase, muchas cosas se borrarían.

Subió pensativa á su habitación.

Aquella habitación era hermana gemela de la que Carmelita ocupaba en la calle de Santiago; Camilo la había hecho amueblar de la misma manera, las mismas cortinas blancas, el mismo cubre-pié rosado. Las otras habitaciones, amuebladas según la fantasía del artista y el gusto del hombre de mundo, encerraban las obras maestras de la ebanistería parisiense; era una cadena de tabucos en que el grave Colombán se hubiera encontrado disgustado.

Camilo había pues obrado prudentemente reservándole una habitación separada.

Pasaron allí los dos amantes todo el mes de Septiembre en una adorable intimidad; sólo se levantaban para pensar uno con el otro; sólo se acostaban para soñar el uno con el otro.

Ni un instante del día pasaba, que no pareciese hecho absoluta y exclusivamente para ellos.

Todo lo habían olvidado: á Paris, la calle de Santiago, al mundo entero; y diríamos casi á Colombán, si pudiésemos pedir cuenta á Carmelita de aquellos suspiros que dejaba á veces escapar cerrando los ojos y pasando la mano por la frente.

Aparte de los suspiros (de los que sólo puede darse cuenta el historiador, pero que el amante no los oía) el mundo á sus ojos no tenía más que una fanega, su jardín; un río, el arroyo de su jardín, y añadiremos también que un sol, el que se elevaba por detrás de los grandes árboles de su jardín.

Su indiferencia para con las cosas era igual á su indiferencia para con los hombres: las piezas de música falta-



ban ; ciertos objetos del tocador de uno y otro pedían ser renovados : había mil razones para ir á París ; pero estaban tan bien en la chocilla de Bas-Meudón, que no podían decidirse á dejarla.

Y después reaparecer reunidos en el arrabal de Santiago, volver á entrar reunidos en aquella casa donde habían creído cogerlo todo, y donde sin embargo habían olvidado tantas cosas cuya necesidad hacía sentir la ausencia ; volver, en fin, á pasar por delante de todos aquellos vecinos burlones, era una impudencia superior á las fuerzas de Carmelita.

Por otra parte, puesto que se había pasado un mes sin todos aquellos objetos, lo mismo se podría pasar aún otro.

¿ Por qué Camilo ó Carmelita, uno ú otro al fin, no iba solo á París ?

¿ Ir solo á París cualquiera de los dos era separarse, y separarse un instante durante las primeras radiantes horas del amor, era separarse por toda una eternidad !

Soportaron pues todavía quince días la privación de aquellos objetos cuya ausencia no se había notado al principio, pero que sin saber cómo se hacía cada día más indispensable.

Una hermosa tarde fué ya preciso sin embargo decidirse á formar una lista de todas las cosas que se necesitaban, y se convino que al día siguiente partiría Camilo para París, y compraría, ó iría á tomar de la casa de la calle de Santiago, todo lo que faltaba en la chocita de Bas-Meudón.

Después de haber llegado diez veces hasta la puerta y de haberse vuelto otras tantas, partió Camilo.

Siguióle Carmelita con la vista mientras pudo divisarle.

Camilo, por su parte, le envió millares de besos y le hizo toda clase de señales con su pañuelo.

Al fin desapareció en una revuelta del camino.

Camilo debía tomar el primer carruaje que se presentase, y antes de las dos estaría seguramente de vuelta.

Pero ¿ advertís la malicia de la Providencia, á la que no sabemos por qué se continúa dando este nombre, porque preciso es llamar Providencia á una diosa que se burla amargamente de todos nuestros proyectos, y que se divierte á cada instante en mistificarnos de la manera más injuriosa ?

No somos nosotros los que enalteceremos la fidelidad de Camilo : hemos dicho bastante extensamente y también con bastante franqueza nuestra opinión respecto al criollo, para que no se nos tenga por sospechosos ; pero sin embargo, decid, ¿ no hay un matiz de misantropía en la conducta de la Providencia á su vez ?

Durante seis semanas permanece al lado de Carmelita sin perderla de vista un solo instante ; llega al fin el cambio de la estación, se deja sentir el otoño con sus primeras brisas de octubre ; Carmelita necesita vestidos menos frescos, Camilo pantalones de más abrigo ; necesitanse además otras muchas cosas, y á pesar de eso, Camilo no consiente en ir á París más que con el corazón oprimido y con el más violento deseo de volver dos horas después de haber marchado, si es posible.

Parte pues Camilo con las más loables intenciones del mundo.

Por otra parte, esta ausencia sólo puede hacerle más querida la vuelta ; va á volver con todos sus tesoros de amor, renovados durante algunas horas de separación.

¡ Ay ! Cansada la Providencia á lo que parece de la manera indiscreta con que se ha usado de ella durante estos últimos tiempos, la Providencia, decimos, no protege á los

habitantes de nuestro importuno planeta, y al contrario, trastorna desapiadadamente sus designios.

Sin duda, á consecuencia de esta lasitud profunda, trastornó la Providencia la resolución de Camilo, haciéndole caer en la más peligrosa emboscada para un hombre de su carácter.

No se había separado doscientos pasos de Bas-Meudón, cuando vió en una nube de polvo dorado dos jóvenes vestidas de blanco cabalgando sobre dos asnillos negros.

¡ El hombre propone, pero el diablo dispone !

FIN DEL LIBRO CUARTO.

## LIBRO QUINTO.

### CAPÍTULO PRIMERO.

#### CAMILO ENTRE LOS VOLSQUES.

Uno de los grandes reproches que se han hecho á mi ignorancia, una de las frases que más se me han censurado es, haber dicho un día (no sé ya con qué motivo) que el pararrayo *atrata* al rayo.

Supongamos, querido lector, que las lecciones del sabio Mr. Buloz sobre la electricidad y sobre la pila de Volta no me hayan aprovechado, y que aun hoy continúe en mi error.

Decía yo : « Asi como el pararrayo no tiene otro objeto que atraer al rayo, pensamos nosotros que de la misma manera los jóvenes están únicamente destinadas á atraer á los jóvenes ; » y al decir esto no creía ciertamente emitir una opinión, ni nueva ni atrevida.

Atrajeron pues las dos jóvenes en su dirección la llama que brotaba de los ojos de Camilo, desde que el ardiente criollo las vió de lejos en medio de su nube.